

Antonio Pascual Pareja

HISTORIAS DE
LA PEQUEÑA CIUDAD

PRE-TEXTOS

NARRATIVA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Diseño gráfico: Pre-Textos (S.G.E.) y *
Imagen de la cubierta: *Estancia*, Fernando Pascual Pareja

1ª edición: ¿? de 2019

© Antonio Pascual Pareja, 2019

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2019

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www.pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-¿?

DEPÓSITO LEGAL: V-¿?-2019

¿¿¿PODIPRINT???

A mis pequeños ciudadanos

Ya que nunca hemos de olvidar que, aun cuando aquel era, en cierto sentido, un mundo de pequeñas cosas, era un mundo de pequeñas cosas relacionadas con cosas grandes.

G. K. CHESTERTON, *San Francisco de Asís*

¿Qué pasa en la pequeña ciudad? Nada. Nada pasa en ella. Todo lo que es digno de contar, lo decisivo, ocurre en las grandes ciudades. En los lugares pequeños, el rostro de la vida es anodino y gris. La vida habita en el movimiento, en la agitación de la urbe. ¿Cómo podría alentar entre tanta quietud?, ¿cómo podría respirar un aire tan pobre? Y, sin embargo, todo lo realmente valioso es parvo: los ojos con que tocamos el mundo, la boca con que recibimos el amor, las palabras que limpian nuestra alma, la llave que abre el hogar o sella las estancias secretas, un niño, un recuerdo, la luz de una estrella en la noche... Todo lo importante es pequeño y, por ello, fácil de perder.

LA VIEJA Y LA NIÑA

LAS nubes cubren la pequeña ciudad, tamizan el cielo hasta convertirlo en una lluvia menuda y fría. La vieja dama ha regresado. Vaga por las calles del lugar y sus curiosos ojos añiles miran todo como si lo vieran por primera vez. De su harapiento manto se desprenden hilos grises, flores malvas que refulgen un instante en el aire y enseguida, al tocar la tierra, se deshacen sin ruido, como si fueran flores soñadas.

La lluvia está hecha de cosas pretéritas, pero también de novedades y promesas. Por eso la anciana y una niña vienen cogidas de la mano. El cabello de la viejecita es del color del humo, su andar es lento y fatigoso; el pelo de la niña es dorado como el rayo que se abre paso entre nubarrones, su caminar es alegre e impaciente. Solo la dama, el viento y la montaña conocen el nombre de la niña. Cuando la montaña pronuncia su nombre, ella se ríe y de su risa rueda una campanilla de plata que el viento lleva y trae sobre el paisaje dormido. La campanilla calla y dice. En su interior hay

grabadas unas palabras que suenan cada vez que el viento las golpea; aunque para comprenderlas hay que entender la lengua de la anciana y de la niña, y son ya pocos los que saben esta lengua.

La lluvia está hecha de eternidad. Lleva mucho tiempo cayendo. Cayó sobre la pequeña ciudad cuando no era más que un puñado de casas anhelantes; cayó sobre los padres de los hombres que viven hoy en ella y sobre los padres de aquellos; y caerá sobre sus hijos y sobre los hijos de estos. Es la misma lluvia de entonces y es otra, siempre nueva. Estas gotas de agua se derramaron hace muchos años; pero aún no se han derramado, pues han de hacerlo un día que nuestros ojos no verán. Así como una lágrima contiene la historia de un corazón, la lluvia guarda en su arca de cristal el secreto del mundo. La lágrima es la miel del dolor; la lluvia, su inexplicable claridad. La lluvia lava la pequeña ciudad como un río su lecho de piedras.

La vieja y la niña se alejan. La anciana, con su andar cargado de años; la niña, con su infancia perpetua. Ninguna de las dos vuelve la vista atrás; jamás lo hacen. La dama lleva una diadema de lilas inmarcibles. A veces, una flor se desprende y cae. Al momento brota otra flor en su diadema y el aroma de los principios se esparce por la ciudad, como una sombra luminosa, como el aleteo de una bandada innumerable.

LA VIDA

Es una vida formada de muchas partículas de vida.
[...] Nosotros no la podemos ver, es la aparente quietud
de las cosas, pero existe; los espíritus de niños, sensibles
a todo influjo, cercanos a lo sobrenatural de donde
vienen, la advierten con mayor claridad.

W. F. FLÓREZ, *Tragedias de la vida vulgar*

TIENE Miguel cinco años. Delgado; de rizado cabello castaño; lo más bello de su gracioso rostro son sus ojos. Asoman entre sus largas pestañas negras, como dos resueltas aves, como dos estrellas pardas. Una pesadilla ha turbado su sueño, pero parece como si en la mañana nada quedara de las horribles sombras nocturnas: brillan sus ojos con su acostumbrado candor, con esa pureza insondable que solo existe en el mirar de los niños, con ese afán, con ese asombro de novedad que luego los hombres van perdiendo irremediablemente. Nada queda de los temores de la noche porque el nuevo día trae siempre su aventura —¿o sí queda algo allá, en el fondo, junto a la oscura pupila, escondido en la tierra blanda del corazón?—.

Miguel juega solo en un ángulo del salón. Cerca de él, su padre —Francisco— y un viejo amigo de este Eduardo charlan. Deriva la conversación hacia un manido debate: la vida en la pequeña y en la gran ciudad.